



CAPITULO XXI

Jemmapes (6 de Noviembre.)

Importancia de la batalla de Jemmapes.—La guerra en grandes masas salió del instinto de fraternidad.—Lo que fueron nuestros grandes ejércitos.—Lo que fué el ejército de Jemmapes.—Exaltación filantrópica de este ejército.—Probidad firme de nuestros oficiales plebeyos.—Severidad del ejército para los hechos sanguinarios.—El ejército no fué vencido en una sola acción.—Formidable posición de los austriacos en Jemmapes.—La batalla comenzada por la Marsellesa.—Valor de nuestros voluntarios á la derecha del ejército.—La batalla de Jemmapes decidida por la Marsellesa.

Francia tenía unidad y el mundo estaba dividido.

Ella no conocía su unidad, pero lo probaba por la victoria. Ganó en 6 de Noviembre la batalla de Jemmapes.

Aquí no se podía decir como en Valmy que se trataba de un mero cañoneo; de una batalla ganada con el arma al brazo. Fué una batalla en que, mezclados los ejércitos, se combatió con arma blanca y en que nuestros soldados, descalzos, en ayunas y en un terreno fangoso pelearon heroicamente y tomaron los reductos que defendían, cubiertos por una triple valla de fuego los Granaderos de Hungría.

¡Oh juventud!, ¡oh esperanza!, ¡oh fuerza de la razón y del derecho! Nuestros voluntarios tuvieron un momento de excitación cuando se encontraron frente á frente con la boca de los cañones que vomitaban metralla.

Pero encontraron dentro de sí mismos algo que les hizo avanzar como una avalancha; el sentimiento del derecho del género humano. El derecho no puede retroceder.

El derecho va á los reductos y los deshace. Entró con nosotros en las filas de los vencidos. La libertad venciéndolos los emancipaba, los hacía hombres libres. Parecía que Francia había descargado más sus golpes sobre las cadenas que sobre los enemigos. Los belgas fueron libertados de un golpe; los alemanes empezaron un camino nuevo; la batalla de Jemmapes fué el comienzo de una era de libertad. ¡Verdade-

ramente Dios estaba en Francia! La espada con que peleaba en vez de herir curaba á los pueblos.

El golpe del hierro despertaba, deshacía el encanto fatal que los había tenido miles de años reducidos al estado de bestias que pacen la hierba de los campos.

Esta victoria de la República tuvo por enemigos á todos los que se tenían por pensadores. Los Jacobinos dijeron que no se vencería y los



La llevó un ramo para captarse su benevolencia (Pág. 1347)

demás que, sí se había vencido era contra todas las reglas del arte de la guerra.

Verdaderamente la batalla fué absurda como lo es todo milagro.

El ejército republicano era hasta ridículo á los ojos de los tácticos. Compuesto de voluntarios sin instrucción, sin uniforme, presentaba un conjunto abigarrado. Había batallón en que los soldados iban todavía con gorros de aldeanos.

Había cuerpo de ejército de todos los nombres: cazadores, nacionales, etc....

Esto no era un ejército, era el pueblo, era Francia que acudía al campo de batalla lleno de vigor y juventud.

Robespierre había probado, hacía ya un año, que la guerra era absurda. Había hecho decir á Camilo Desmoulins que la Gironda era traidora por que deseaba la guerra. Y tan arraigada estaba esta convicción en el ánimo de los Jacobinos, que fué una de las razones más poderosas que hizo valer Billaud-Varannes para condenar á muerte á los girondinos.

Si, la guerra era absurda. Era necesario estar loco para ir á buscar al enemigo en su territorio cuando en Francia se había establecido un gobierno nuevo. Era entonces precisamente cuando pasaba el poder de los girondinos á los Jacobinos. El ministerio de la guerra, el más importante en aquellos momentos, pasó del girondino Servan al Jacobino Pache que desorganizó todos los servicios.

La guerra era también absurda por que los generales de la República eran realistas. Dumouriez, Didon, Custine lo eran y no lo ocultaban. Ya se ha visto como Dumouriez eludió el juramento de fidelidad á la República. Habiendo vivido treinta años bajo la monarquía no podía no ser monárquico. El dijo por todas partes que el fruto que esperaba de sus victorias era el restablecimiento del rey. En caso de que el rey fuera imposible tenía la candidatura del joven duque de Chartres.

Dos generales realistas, obrando en nombre de la República, habían de tener en sus movimientos algo de equívoco y de falso. Tenían necesidad de excitar el entusiasmo republicano y temían excitarlo y cuando la llama quería levantarse echaban agua al fuego.

Cuando, por ejemplo, los republicanos alemanes, embriagados con la nueva idea, preguntaron á Custine cual sería el gobierno definitivo de Francia, contestó: «La monarquía, y ¿quién reinará? El Delfín.»

Los sentimientos de Dumouriez se manifestaban en los cargos que distribuía entre los generales subordinados suyos. Al general Valence, amigo íntimo de los Orleans y en particular del duque de Chartres le confió el encargo glorioso de ocupar la Meuse y detener á los austriacos que llevaban socorros. Al Jacobino Labourdonniere le dió el encargo oscuro de seguirle de lejos y reunírsele cuando la campaña terminara.

Ni Valence ni Labourdonniere podían hacer nada de provecho. Las alas de ejército que mandaban resultaban demasiado separadas para obrar. Valence tuvo que dejar pasar á los austriacos. Labourdonniere, irritado hizo lo menos que pudo y eso, mal. La ventaja del número que llevaba Dumouriez se perdió de esta manera. Reunido el ejército contaba cien mil hombres; disperso el número mayor que se presentaba era cuarenta mil. Los austriacos podían reunir cuarenta y cinco mil soldados veteranos y disciplinados. Si lo hubieran sabido manejar, hubieran aplastado á Dumouriez.

Esto lo reconoció él mismo. No había comprendido la guerra nueva

hecha por grandes cuerpos de ejército. Estos ejércitos que son todo un pueblo lleno de entusiasmo y de vigor deben pelear sin dividirse, los amigos con los amigos, como dice el soldado. Amigos con amigos, parientes con parientes. Lo difícil es separarlos, no reunirlos. El aislarlos era quitarles la mayor fuerza con que contaban. Estas grandes masas eran como cuerpos humanos. Desmembrarlos era matarlos. «Plus ou est de amis, mieux la marche» dice todavía el adagio popular.

Los generales acabaron por comprender donde estaba la fuerza del ejército. El mundo vió el espectáculo de cien mil hombres, unidos en un mismo anhelo y un mismo corazón.

He aquí el origen de las guerras modernas. Al principio no se hizo así por arte ni por sistema. Salió del corazón de Francia y de su sociabilidad. Los tácticos no hubieran ideado jamás tal cosa. No había cálculo.

Los calculadores tuvieron que confesar que lo creían por que lo veían. Los generales monárquicos no hubieran podido nunca comprender el sublime y profundo misterio de la solidaridad moderna en las grandes guerras de amistad.

Las federaciones del 90 hicieron presentir algo de esto.

Cuando se vió á todo un cantón abrazarse en armas, se pudieron predecir las brigadas de la República.

Cuando aparecieron aquellos ejércitos inmensos formados por muchos cantones que se daban la mano y se unían íntimamente, ya se pudo vaticinar que surgiría el ejército inmenso de la República, el de Lambre-et-Meuse; el pacificador armado del Oeste; el invencible ejército del Rhin, victorioso hasta en sus retiradas; el ejército fulminante de Italia.

No eran ejércitos, eran personas con su carácter distinto. Tal fué el espíritu de fidelidad y de entusiasmo que animó á sus hombres. Ellos se confundían con algunas legiones que era cada una Francia en tierra extranjera. Estos soldados, algunos de los cuales debían no volver más, llevaban consigo el hogar y la patria. Donde estaban ellos estaba Francia.

Y Francia reina en todas partes donde aquellos fieles amigos sembraron sus huesos.

Vosotros, extranjeros, que contempláis las colinas de huesos que dejaron nuestros ejércitos, sabed que no solamente eran terribles si no también venerables.

Lo que les dió la victoria fué la unidad de sentimientos y de corazones. Guardaros bien de atribuir tales hechos á este ó al otro hombre. Cuando Francia se despierte levantará monumentos en honor de los ejércitos aquellos, no de sus generales. Los calculadores no podrán adjudicarse la gloria de un pueblo de héroes.

Será bastante que el nombre de los caudillos aparezca escrito en la base del monumento.

Miremos con atención aquellos ejércitos en todo el vigor candoroso de la cuna.

Considerándolos fríamente, presentaban un aspecto extraño; el de un pueblo entero lleno de desprecio por la vida y de entusiasmo que, sin contar con diplomacias ni consideraciones, llevaba por todo el mundo la filosofía del siglo diez y ocho en la punta de las bayonetas.

Aquellos principios que los mismos filósofos parecían no tomar en serio, fueron aplicados por la fuerza de las armas. Esta filosofía flotaba vaga en su espíritu.

Uno de los caracteres de la Revolución era precisamente no tener un pensamiento, un símbolo, una tradición, y precisamente su misma vaguedad era la que causaba verdadera embriaguez y locos transportes de entusiasmo.

Una sola cosa hacía las veces de credo, la canción de la Marsellesa. Todos la sabían y la cantaban hasta que se encontraban sin voz y sin fuerzas. Era todo el Evangelio.

Se aplicaba en buen y en mal sentido. Ella hizo correr sangre y ejercitar también nobles generosidades.

Ya lo hemos dicho: cuando los revolucionarios franceses vieron pasar las carretas en que iban los soldados austriacos, muertos de hambre, de frío y de disenteria, les dejaron pasar respetuosamente. Y si á algunos detuvieron fué para llevarlos á los hospitales. En Strasburgo, soldados y paisanos trataron á los prisioneros como hermanos. Se partió con ellos el pan y la sopa, y cuando partieron para el interior de Francia se les llenaron los bolsillos de tabaco por medio de una suscripción general. El gasto no fué pequeño, pues se trataba de tres mil. Generosidad admirable en el momento en que los nuestros no tenían ni calzado. Los resultados fueron admirables. Los prisioneros pedían pluma y papel para escribir á Alemania que allí ya no había nacionalidades, si no que todos eran hermanos.

La sensibilidad es mudable y la exaltación dura poco.

Pero en este ejército descollaba un elemento resistente y fuerte: «Nuestros oficiales del antiguo régimen eran superiores á todos los oficiales de Europa», había dicho Lafayette. Hechos oficiales por las leyes de la Revolución, empezaron á ser aquellos de que habla el general Rey en una página admirable de sus «Guerras de la península,» testimonio de la verdad más sincera y título de gloria para Francia: «Nuestros oficiales de infantería eran el honor mismo, la virtud modesta y la resignación. El ideal de estas honradas gentes, devotas del deber era Latour d' Auvergne, granadero de la República é instructor del ejército de España.

Estos oficiales, tan mal pagados; algunos casados y seguidos de lejos por sus valientes esposas, mostraron un desinterés tan grande, que muchas veces vertían su sangre por enriquecer á los generales del Imperio.

Estas honradas gentes á las que la Revolución acababa de ofrecer una carrera le eran por completo adictas. Menos expansivas que los soldados tenían por la patria un amor callado, serio, pero no menos ardiente.

Guardadores fieles del honor de la patria, se esforzaban por inocular en las muchedumbres el amor del orden y del deber. Reprimían los excesos más por medio de la censura y del desprecio que por la autoridad.

¿Cómo no había de respetarlos todo el mundo si les veía repartir su pan con el soldado y marchar en la batalla veinte pasos delante? Tanto en Valmy como en Jemmapes se vió, en medio de un entusiasmo delirante una honradez tan grande que no admitía tacha en el uniforme militar. Este ejército naciente se justificó á sí mismo castigando y rechazando el crimen.

Un suceso muy desagradable tuvo lugar en Rethel.

Acababan de llegar dos batallones de voluntarios parisienses (el republicano y el manconseil). Venían llenos de fanáticos. Lo primero que hicieron fué asesinar á cuatro pobres soldados, criados de emigrados que habían vuelto á servir en el ejército. Es verdad que la ley sentenciaba á muerte á los emigrados que volvieran á Francia.

La Convención acababa de acordar que se quemara por mano del verdugo una bandera de los emigrados que se había cogido en Valmy. Esto, sin embargo, no hacía menos odioso el hecho de asesinar unos pobres diablos que arrastrados primero por sus amos, volvían deseosos de servir á la nación.

Este crimen además de bárbaro era impolítico, pues ponía un muro infranqueable entre nosotros y los emigrados. No podía haber tráns-fugas.

Es de advertir que el crimen no lo cometió todo el regimiento. Fueron unos cuarenta hombres, y estos fanatizados por las declamaciones del revolucionario Palloy, que se había enriquecido vendiendo las piedras de la Bastilla.

El sacaba de quicio con sus declamaciones á las gentes y luego del robo y del asesinato hacía su negocio. El creía que si el general en jefe hubiera sido asesinado, le hubieran puesto en su lugar. Sucedió todo muy de otra manera. Palloy hizo bastante con escaparse vivo. Los dos batallones fueron desarmados y conducidos á los fosos de Merieues.

El general Bournonville les fué á buscar allí y les dijo que estaban perdidos si no delataban á los culpables. Aquellos hijos de París se echaron á llorar y los dos batallones fueron luego el modelo de todo el ejército.

Con un tal ejército tan lleno de entusiasmo el éxito era seguro. La Francia estaba en uno de esos momentos en que el hombre fuera de sí no encuentra nada imposible. Mirando este ejército se podía decir: «Los Países Bajos están conquistados: Dumouriez lo creía así y escribió á la